

sión, para la mayor gloria de Dios, bien de las almas, mejora de nuestra patria y nuestra propia santificación.

Finalmente, quisiera animar a aquellos de nuestros lectores que aun no conocen nuestras reuniones anuales a que acudan a la que, si Dios quiere, se celebrará en Madrid este mismo año. Seguro que no quedarán defraudados.

C. E.

HOMILIA DEL P. AGUSTIN ARREDONDO, S. J. EN LA MISA DEL DIA 9 DE DICIEMBRE

Los caminos que nos llevan a nuestra definitiva felicidad son en sus concretas y últimas consecuencias muy distintos y variados, cuantos son los carismas del Espíritu de que cada uno está dotado para llegar al fin todos a confluír en la plenitud de la infinidad divina.

Pero distintos como son en nuestro andar concreto, cuentan todos con una dirección y base común amplia en la que todos caben.

Y es que siendo Dios uno en su querer y obrar, y siendo suya la naturaleza de las cosas por Él creadas, tal punto de partida resulta ser místico fundamento de todo comportamiento social; y por ello, también acertado tema de nuestras reflexiones en esta Reunión: DIOS Y LA NATURALEZA DE LAS COSAS.

Porque siendo Dios como Él es en Sí, y siendo tales como son las cosas todas del Universo, es exigencia indeclinable para nuestro comportamiento libre el ajustar libremente toda nuestra vida a ese dato inamovible, Dios y Creación, del que también nosotros formamos parte inseparable, con nuestra propia naturaleza, humana también nosotros, que reclama asimismo el total asenso de nuestra libertad.

* * *

Más aún: ese Dios infinito, árbitro de este mundo determinado, tuvo a bien hablarnos y dirigir nuestra marcha hacia Él por medio de emisarios suyos durante siglos; y acabó por venir Él mismo y enseñarnos a vivir. Con su vida divina que nos comunicó nos abrió horizontes que ni hubiéramos sido capaces de sospechar; y que en nada invalidan, sino que aclaran y perfeccionan, aquellas exigencias que intinaban de siempre a nuestra libertad la existencia de Dios y su autoría sobre todas las cosas.

Porque capacidad para entender el lenguaje de la Creación toda, y de su Autor, sin la cual la misma Creación no resultaría explicable, ya la tenía la razón humana sin otro adicional adoctrinamiento divino. La tenía, sin duda; pero, de hecho, apenas hubiera llegado el hombre con la razón natural a conocer ese lenguaje y a dar con su camino. Tal se había mostrado a lo largo de los siglos la debilidad y la degeneración de los humanos, no sólo en la inmensidad apóstata del paganismo, sino

aun en el pueblo elegido que se mostró siempre como viña acerba y pueblo de dura cerviz.

* * *

De aquí que la coyuntura en que nos encontramos en las próximas semanas, sea también para nosotros especialmente significativa. Porque es el hecho de la venida de Cristo al mundo la solución de los que buscamos la verdad.

Entre el amplio carril uniforme y general para todo el que encontró su dirección, y la variedad carismática que propone a cada uno lo que de peculiar y propio tiene su camino, la Iglesia propone pastoralmente en cada etapa del año un ambiente colectivo característico, en el que estos días celebramos la venida próxima de Dios hecho Hombre.

No se trata de un mero recuerdo de algo muy célebre que ocurrió hace veinte siglos. Se trata de algo que vivimos precisamente estos días, no con el recuerdo, sino en la realidad. Tan por nosotros se encarnó Dios hace dos mil años, como si esa encarnación estuviera para realizarse el próximo 25 de diciembre.

Cuando las comunicaciones intercontinentales estaban mucho menos desarrolladas, la muerte de un ser querido en Europa tardaba meses en ser conocida por un próximo familiar que viviera en la Argentina. La muerte de su madre en Europa la vive éste realmente en América unos cuantos meses después, que es cuando se entera, se impresiona, encomienda a Dios su alma y emprende las diligencias testamentarias. Entonces vive él la muerte de su madre. Y lo mismo nos ocurre con la venida de Dios al mundo, para nosotros dentro de unos días, con toda la riqueza y abundancia que ya preveían los profetas para la plenitud de los tiempos. Ahora es cuando ya «no tendremos que llorar», según nos acaba de decir Isaias; cuando «nuestros ojos verán al Maestro»; cuando se nos va a decir «este es el camino», y se nos van a hacer feraces las praderas, abundante el ganado y luminosa sin igual la luz de los astros del cielo.

Porque, vamos a ver: ¿Podría tener sentido la oración que vamos a dirigir a Dios después de comulgar, si la celebración de la Navidad se redujera pobremente a una conmemoración aniversaria? En efecto, vamos a pedir a Dios que el sacramento recibido nos prepare para la celebración de la Navidad, ¿qué será entonces la celebración de la Navidad cuando es la Santísima Eucaristía, nada menos, el medio que se nos propone para el logro de tan excelso fin? Porque sabemos que la Eucaristía es prenda y medio para la vida futura. No cabe concebir finalidad inferior a la eterna unión con Dios cuando se trata de nuestra sacramental unión eucarística. Nuestra vivencia, pues, de la Navidad está en esa misma línea de unión íntima con Cristo, que se realiza aquí al recibirle, y se consumará eternamente en la gloria, previa la mayor y mayor transformación de nuestra vida gracias a la presencia, real y no sólo recordada, de Dios entre nosotros hecho hombre.

De esa inestimable estancia de Dios entre nosotros son un vivo resumen las primeras palabras del Evangelio de hoy: «recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, anunciando el evangelio del Reino y curando todas las enfermedades y dolencias. Se desentrañaba de compasión —dice a continuación el texto griego— al ver a las gentes extenuadas y abandonadas como ovejas que no tienen pastor». Con Él ya tenemos pastor y pastos y vida, si nuestra Navidad no es

meramente una evocación de la memoria —para muchos no pasa de ser la celebración del solsticio de invierno— sino ante todo una transformación vital de nuestro corazón.

* * *

En fin, también aquí nosotros, reunidos cabe el Dios que nace y nos concede anunciar como Él el evangelio del Reino, también lamentamos la muchedumbre que deja hoy rodar su vida como ovejas sin pastor; somos conscientes de lo acertado de nuestro camino; apreciamos, como cosa de Dios, la calidad de los pastos que tratamos de ofrecer; nos duele la ignorancia y el error; y pedimos al Padre, como quiere Cristo, que envíe trabajadores a su mies. Que estas reuniones nos alienen y confirmen al alegrarnos los que estos días coincidimos aquí, al recordar a los ausentes, y al pedir a Dios agradecidos por los que nos precedieron. Que las iluminaciones externas de estos días no sean sino débiles reflejos de esa luz de la Cándida y del Ardiente que nos ha dicho Isaías, que remueven en lo íntimo de nuestras almas esa vida que mayor no puede haberla, puesto que es participación verdadera de la misma vida de DIOS.

HOMILIA DEL P. JOSE MARIA ALBA, S. J. EN LA MISA DEL DIA 10 DE DICIEMBRE

Queridos amigos de la Ciudad Católica, queridos hermanos:

No puedo menos de comentar brevemente, para bien de nuestras almas, las tres lecturas que acabamos de escuchar, que son para nuestro provecho y consuelo.

Jesé, padre de David, será padre de nuestro Señor Jesucristo. Los dones del Espíritu Santo vendrán a la tierra en plenitud, con su venida. Qué admirable, qué verdaderamente sublime la vida de los siglos de la Iglesia, el Reino de nuestro Señor Jesucristo, todos ellos llenos de las maravillas del Espíritu Santo que ha realizado la nueva creación de la gracia, de una manera más admirable aún que la primera creación. Historia de mártires, de vírgenes, de confesores, de héroes, de santos, siglo tras siglo.

Pero ese Señor que de una manera prodigiosa creó la naturaleza humana y de una manera más amorosa aún la restauró, quiere todavía más y más dar muestras del poder de su brazo en los tiempos recios de la Iglesia, cuando han de ser probados los justos en la gran tribulación.

Hemos de pasar la gran purificación en la que el malvado y el impío dejarán de oprimir a los siervos del Señor, sostenidos en la prueba por la fidelidad eterna de Dios para con sus escogidos.

Después de la purificación, vendrá una nueva gloria del Señor y de las almas en donde radica su gloria. Esa gloria se esparcerá por el mundo entero y por todas las naciones que se ilusionarán con la ciencia de Dios. Jesucristo será la norma de los pueblos que vivirán en la felicidad de la paz, que es la suma de todos los dones del cielo.

La llamada de San Pablo a la caridad es la venida del consuelo del